

VIII.

ROMPETEJAS.

—No seáis pesado, maese Corneja, y dejadme concluir. A qué venís aquí zumbándome como un grillo los oídos, cuando me veis gravemente ocupado en ganarles los ducados á esos camaradas? Por San Jorge que os apartéis de mi lado y me dejéis en paz ú os rompo la cabeza con esta vasija en que nos habeis servido vuestro infernal vino!

Así le decía el irascible Rompetejas al posadero de *la cruz de hierro* la misma noche en que mas tarde debían tener lugar los acontecimientos que se han referido en los dos últimos capítulos.

No obstante la amable contestacion del espadachin, maese Corneja insistió:

—Es que hay un caballero en la puerta que quiere hablaros.

—Pues decidle que se espere ó enviadle á paseo con cien millones de diablos!

El posadero se encojió de hombros.

Rompetejas continuó jugando á los dados.

Por fin, al cabo de un cuarto de hora, cuando hubo apurado el vino de la vasija y el bolsillo de los jugadores, Rompetejas se levantó con la sonrisa en los labios y con el aire fanfarron que nunca le abandonaba, se acercó al mostrador.

—Vamos á ver, maese Corneja, decidme ahora que mil rayos me estabais murmurando al oído?

—Que habia en la puerta de la posada quien preguntaba por vos.

—Y quién es?

—Un caballero á juzgar por su traje.

—Voy allá.

—Puede que se haya ya marchado.

—Marchado! marchado! Pues seria de ver! Por San Jorge! Bien puede esperarse cualquiera por caballero que sea cuando un hombre está gravemente ocupado. En fin, allá voy.

Y Rompetejas se dirigió á la puerta, dando todo lo mas ruidosamente posible en el suelo con la contera de su enorme espadon y retorciéndose sus largos vigotes con un aire de importancia que tenia toda la magestad del ridículo.

El que por él habia preguntado, no se habia ido. Estábase paseando con impaciencia por delante de la puerta.

—Qué es lo que se os ofrece, hidalgo?— preguntó Rompetejas al caballero haciéndole un saludo marcial sin dejar por esto de retorcerse el vigote con la diestra mientras que tenia su mano izquierda desdeñosa y estudiadamente apoyada en el puño de su espadon.

El caballero se detuvo en frente del espadachin. Llevaba en efecto un vestido completo y rico como los que usaban los nobles en aquella época y su rostro estaba cubierto con la especie de máscara, de uso tambien muy particular entre los caballeros y particularmente entre las damas.

—Sois vos el llamado capitán Rompetejas? preguntó el desconocido.

—El mismo que teneis delante.

—Me han hablado mucho de vuestro valor?

Rompetejas se pavoneó.

—Mi nombre vale algo en efecto.

—Nombre bien raro!

—El nombre de guerra usado por todos mis ascendientes, desde el conde Enrique de Rompetejas que figuró en las cruzadas, hasta el conde Juan de Rompetejas mi noble padre. Figuraos que.....

—Bueno, bueno. Dejemos dormir en paz á vuestros antepasados y hablemos de otro asunto.

El matachin miró de reojo al que de aquel modo parecia despreciar su, segun él, ilustre prosapia. Sin embargo, no dijo nada y, encogiéndose de hombros, se contentó con esclamar:

—Hablemos.

—Me han dicho que se podia contar con vuestro brazo y con vuestra espada.

—Segun y conforme.

—Eh?

- Digo que segun y conforme. Esto depende de lo que pactemos. Que es lo que deseais?
- Hay un hombre que me estorba.
- Es un hombre, un caballero ó un conde? Esto es indispensable saberlo para fijar bases, ya conoceis.
- Es un caballero.
- Vaya con Dios! Yo os respondo de él.
- Advertid que es valiente.
- Mas que sea el mismísimo Satanás en persona. Punto concluido.
- Otra cosa.
- Veamos la otra cosa.
- Hay una dama....
- A quien es preciso quitar de en medio tambien? Pues entonces buscad otra espada. Yo ejerzo los principios mas sagrados de la caballeria y es uno de los primeros: Respeto á las damas.
- No me habeis dejado concluir.
- Explicaos pues.
- Hay una dama á la que es preciso acompañar para cuidar de que no se escape.
- Este ya es otro cantar. Custodiar una dama; ser su escudero. Bueno; me allano. Qué mas?
- Nada mas.
- Cuantos hombres necesitais?
- Tres me parece.
- Pues entonces, por quitar de en medio al caballero, por la custodia de la dama y por los dos compañeros, me dareis trescientos ducados.
- En esta bolsa hay la mitad por el pronto, —dijo el caballero tendiéndole un bolsón, del que se apoderó Rompetejas.
- Mañana á medio dia hállate en este mismo sitio donde conversamos ahora. Pasarán dos caballeros con una litera en que irá la dama y te reunirás á ellos con tus dos hombres.
- Perfectamente.
- Estamos convenidos?
- Casi, casi.
- Qué mas quieres ahora?
- Deseo que os descubrais el rostro. Es condicion necesaria. Yo nunca estipulo nada con quien no conozco.

- El caballero vaciló.
- Bien mirado, —murmuró, — tambien tienes que conocerme mañana. Lo mismo vale pues que me conozcas hoy. Soy Don Nuño de Torre la Selva. Y se quitó la máscara.
- Perfectamente. Así me gusta. Agrádame que los hombres se vean y hablen cara á cara. Vuestro servidor, Don Nuño.
- Hasta mañana pues, —dijo el caballero volviéndose á poner la máscara.
- Hasta mañana. Me designareis el caballero?
- Te lo pondré delante.
- Vuestra mano? —dijo Rompetejas alargando francamente la suya.
- Mi mano! —esclamó Don Nuño retirándola con desagrado.
- Es otra de las condiciones.
- Cómo condiciones!
- Tengo hecho voto á Santa María del Parral de no estipular ni tratar con ninguno que no me tienda su mano en signo de buena amistad y correspondencia.
- El de Torre la Selva alargó su mano con una repugnancia visible. Rompetejas, sin hacer caso, se la estrechó cordialmente.
- Queda cerrado nuestro trato. Trescientos ducados por la custodia de la dama y el duelo con el caballero.
- Qué duelo?
- Toma! el que me proponeis, —dijo Rompetejas.
- Yo no os propongo ningun duelo.
- Pues qué?
- Os digo solo que hay un hombre que me estorba.....
- Perfectamente.
- Entonces?
- Por las armas de mis abuelos! Sabed, señor Don Nuño de Torre la Selva, que sé manejar mi espada como el mejor paladin.
- No lo dudo, pero sin embargo, yo no quiero un duelo sino.....
- Un asesinato! Por vida de! Y por quien me tomáis á mí? Yo no asesino, me bato. Verdad es que al batirme me arreglo de modo que siempre soy el vencedor. Pero un asesinato!.... Mis antepasados, Don Nuño, eran condes, mis abuelos eran condes, mi padre fué conde y....
- Dejémonos de charla y llamado como querais; duelo ó un asesinato, todo me es igual mientras que me desembaraceis de un importuno.
- Esto dejadlo por mi cuenta.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y Don Nuño se alejó mientras que Rompetejas entraba en la posada refunfuñando:

—Por los cuernos de Satanás que la cosa es digna de notarse! Por quién tomará ese hombre á Rompetejas, el valiente de Segovia? Un asesinato!... hum!

IX.

EL HOMBRE PROPONE Y DIOS DISPONE

La ermita de Santa María del Parral que alguna vez hemos oído citar á los personajes de nuestra historia, se elevaba al norte de Segovia en una bella y encantadora posición. Era, mejor que ermita, una especie de oratorio de antiquísima fábrica con un edificio bajo unido á sus paredes y que servía de habitación á un anciano monge, allí retirado para disfrutar tranquilo de los consuelos de la oración y de las glorias de la penitencia.

Hallábase el venerable anciano sentado á la caída de una tarde á la puerta del santuario, cuando vió adelantarse hácia la ermita una litera cubierta, precedida por dos caballeros y seguida por tres hombres cuyo exterior truanesco no inspiraba ciertamente mucha confianza.

Levantóse el digno varón al ver llegar aquella inesperada comitiva y se adelantó á recibirla. Entonces, uno de los dos caballeros que iban delante, echó pié á tierra y preguntó respetuosamente al monge si podrían descansar en la casita interin le comunicaban el motivo de su llegada y lo que de él esperaban.

—Pobre y mal alhajada hallareis mi habitación, nobles señores, — con-

testó el monge, —pero disponer podeis de la morada del humilde anacoreta.

Entonces Don Nuño, pues que no era otro el caballero, descorrió las cortinas de la litera y ayudado de Rompetejas, que era uno de los tres que marchaban detrás, sacó á Doña Beatriz al parecer desmayada y transportola al interior de la casita donde la dejó reposar sentándola en un sitial de la estancia. En seguida volvió á salir, despidió á los portadores de la litera y mandó á Rompetejas y á sus dos camaradas que fueran á atar sus caballos á espaldas de una peña y esperaran sus órdenes. Cuando todo esto se halló terminado, el de Torre la Selva se dirigió al caballero que habia llegado en su compañía y que, habiéndose apeado, se paseaba á grandes pasos por delante de la puerta del oratorio.

—Don Fadrique, — le dijo — ya que sabeis mi plan y lo habeis aprobado, reparad que todo está dispuesto y que ha llegado el momento de obrar.

—Es una cosa invencible el odio que le tengo á ese hombre y que he heredado de mis padres, — dijo el de Guzman contestando á sus propios pensamientos mejor que á la observacion de Don Nuño, — conozco que lo que vamos á hacer no es digno de nobles y leales caballeros, pero lo admito porque satisface mi venganza, porque sacia mi odio.

—No es noble ni leal, decís? Pues qué, ha obrado él con nobleza y con lealtad respeto á vos? Conociendo el odio hereditario de vuestras dos familias, sabiendo que nunca la mano de vuestra hermana podría llegar á ser suya, ha intentado sin embargo requerirla de amores y, para mejor encubrir sus planes, ha ocultado su nombre y su rango á todo el mundo. Todo con el objeto de llegar hasta ella sin los obstáculos que no hubieran dejado de atravesársele á ser conocido su nombre, todo con el objeto, no lo dudeis, de seducir á vuestra hermana y deshonorar vuestro nombre. Y esto, decid, esto es leal y noble? Porqué pues ser hidalgo con quien no sabe serlo? Don Fadrique, creedme, noble podeis ser con los nobles, pero ruin es fuerza que seais con los ruines.

—Cierto es todo lo que decís, Don Nuño, pero hubiera preferido clavar mi espada en su corazón traidor, cara á cara, sol á sol, en la arena del palenque.

—Tiempo os queda aun para hacerlo, — dijo Don Nuño mordiéndose los labios. — Renunciemos á nuestro plan y salid á su encuentro. Luchad con él, y si él os vence, si queda entonces huérfana vuestra hermana á merced del vencedor, no será la culpa sino de vuestra imprudencia.

—Es verdad! es verdad! — murmuró Don Fadrique en cuyo corazón se